

bajo el signo de jackie kennedy



CINCO MUJERES ASPIRAN AL ELISEO

Siempre en discreto segundo término, madame De Gaulle —«tante Yvonne»— es considerada por la mayoría como la mujer que seguirá siendo la primera dama de Francia.

ES bien sabido que, cuando en Estados Unidos se aproximan las elecciones presidenciales, el papel de las mujeres de los candidatos es casi tan importante, en el terreno de las «public relations», como el que deben desempeñar sus maridos. No es ajeno a ello el carácter matriarcal al que de un modo cada vez más abierto tiende la sociedad americana. El caso más evidente, en este terreno, fue el de Jacqueline Kennedy, cuya popularidad en el país, antes y después de la elección, llegó a ser tanta como la del Presidente, hasta el punto de que éste llegó a presentarse humorísticamente, en una ocasión, como «el marido de Jackie». En Europa, sin embargo, el papel de las esposas de los Jefes de Estado suele ser mucho más secundario. Es corriente que el público ignore el rostro

de las primeras damas de cualquier país que no sea el suyo. Con todo, el mito Jackie parece haber pesado a la hora de aproximarse el momento de emitir el voto para los franceses. Una agencia periodística ha visitado a las esposas de los candidatos a la presidencia. Algunas de ellas han citado expresamente a la viuda del Presidente asesinado en Dallas. Y, en todo caso, quizá debido a que De Gaulle, en su último discurso ante la televisión, ha dedicado especial atención al electorado femenino, los rostros y las frases de estas mujeres han saltado a la calle, de un modo que no había tenido precedentes en situaciones similares anteriores.

Frente a las esposas de los cinco candidatos restantes —a última hora se ha presentado un sexto, un tal M. Barbu— que no han tenido

inconveniente en recibir a los periodistas y contestar a sus preguntas, madame De Gaulle ha mantenido su reserva habitual. Es ya legendaria la casi obsesión de la esposa del general por permanecer en un discreto segundo término. Ni como esposa del personaje mítico de la Resistencia ni como primera dama de Francia le ha gustado nunca salir a la luz pública. Muchos ven en ello el mayor encanto de esta mujer poco brillante, de quien alguien ha dicho que le disputa a la Reina Fabiola el título de la mujer peor vestida de Europa. Feliz cuando puede dejar el Eliseo por la tranquilidad de su propiedad en Colombey-les-deux-Eglises, «tante Yvonne», como familiarmente la llaman sus súbditos, se ha negado a hacer cualquier declaración sobre la nueva candidatura de su marido y se limita a **SIGUE**



Casada desde hace veintidós años, madame Mitterrand, esposa del candidato de la izquierda, dedica parte de su tiempo a la encuadernación, aunque en estos días esté ocupada en ayudar a su marido en algunas tareas.

aunque haya que salvar distancias. Está acostumbrada a ser la esposa de un político desde hace muchos años, concretamente desde los veintidós que lleva casada. Comparte su tiempo entre la encuadernación, por la que siente verdadera pasión y a la que dedica, en tiempo normal, de ocho a nueve horas diarias, y el cuidado de sus hijos, Jean-Christophe, de dieciocho años, y Gilbert, de dieciséis. Ahora, naturalmente, y aunque no participe directamente en la campaña de su marido, gran parte de su tiempo está ocupada por las visitas, el teléfono, y el ajetreado ir y venir de unos y otros por su piso frente a los jardines del Luxemburgo. Como única actividad pública, recientemente ha participado en una mesa redonda sobre el control de la natalidad. Al margen de ello, se niega a hacer comentarios sobre cuál sería su actitud en el caso de que el candidato de la izquierda resultase elegido. De momento, se limita a componer la imagen que el público debe recibir de ella, la de una mujer todavía joven, indudablemente elegante, poco dada a las recepciones y que llena las horas de su jornada con un trabajo artesano.

seguir su destino no se sabe bien si con resignación o con orgullo.

Las esposas de los contrincantes del general, por su parte, esperan sin demasiada confianza. Todo el mundo piensa que Yvonne de Gaulle seguirá rigiendo la morada presidencial. Pero ello no les impide hacer proyectos que van de la

nueva decoración a los platos que, si ellas lo ocupan, se servirán en el Elíseo. En primer lugar, naturalmente, madame Mitterrand. Si más de una vez se ha dicho que Mitterrand juega la carta Kennedy, a su esposa no parece que le desagradara el convertirse en una nueva Jacqueline. Incluso su aspecto físico parece tender a recordarla,

A la escala de la imagen, quizá la más «kennediana» de las aspirantes a cambiar de residencia sea madame Antier, aunque sus esperanzas sean, en el terreno de las posibilidades reales, muy limitadas. Parisina hasta la médula, su aspecto contrasta con la definición «campesina» de la candidatura de su marido. Para que las coincidencias con Mrs. Kennedy sean mayores, ha bautizado a su hija, que actualmente tiene veintidós meses, con el nombre de Carolina. Aunque tam-

Madame Antier es la más joven de las esposas de los candidatos. Le preocupa el trabajo de la mujer fuera del hogar. Tiene una hija, Carolina, de dos años.



De origen holandés, madame Marcihacy fue modelo. Se apasiona por los crucigramas y posee una gran colección de pájaros de porcelana y de cajas de música.



CINCO MUJERES

bién podría pensarse que en su mente, en el momento de tomar la decisión, estuviera la ex actriz de cine y princesa de Mónaco. Madame Antier es una mujer joven, bella, morena con ojos azules. Hasta ahora se ha limitado a su papel de esposa, pero si su marido resultara elegido —lo que, presumiblemente, no ocurrirá— querría emprender una activa campaña por la permanencia de la mujer en el hogar, campaña un tanto utópica en el estado actual de Francia, ya que a la hora de plantearse el problema de los fondos que servirían para subvencionar a las mujeres que se ven obligadas a trabajar fuera del domicilio conyugal para hacer frente a sus necesidades económicas, propone que se extraigan de los destinados a la bomba atómica...

Madame Marcihacy, por su parte, esposa del candidato «liberal sin partido», es la representante típica de la burguesía «evolucionada». De origen holandés, nieta del gobernador Van Heutz, «pacificador de las Indias neerlandesas», llegó a París, hace ya mucho años, como modelo. Allí se ha quedado y allí vive, en el barrio señorial de la Muette, dedicada a resolver crucigramas en un despacho acondicionado para ello y a coleccionar bolas de cristal, pájaros de porcelana y cajas de música. Vive con sus dos hijos, Catherine, casada y con una niña y Antoine, que acaba de incorporarse al servicio militar. Aunque no colabora de un modo activo a la campaña de su marido, le ayuda recibiendo a los visitantes y respondiendo a las llamadas telefónicas. Si llegara al Eliseo, su aspiración consiste en suprimir la ri-

gidez actual, en dar a las recepciones un carácter de sencillez casi familiar.

Más activa en el sentido de ayudar a su marido en la campaña es madame Lecanuet, esposa del candidato centrista. Tiene cuarenta y cuatro años y está casada desde los veintinueve. Lleva todo el secretariado de su marido, cita abiertamente a Jacqueline Kennedy y no se priva de decir lo que piensa sobre las últimas declaraciones del general De Gaulle. Sus tres hijos, François, de diecinueve años; Brigitte, de dieciséis e Yves, de trece, están estudiando, y ella aspira, si llega al Eliseo, a abolir el protocolo, cambiar totalmente decoración y mobiliario y, según sus palabras, «adaptar esta fortaleza a la vida moderna». Su ejemplo, a la escala nacional, sería madame Coty.

Pero la más comprometida, sin duda alguna, en lo que se refiere a la colaboración con su marido en el terreno político, es la esposa del candidato de la derecha, madame Tixier-Vignancour. Nacida en las urnas, según su propia expresión —su abuelo fue senador durante veintiocho años y su padre fue durante treinta diputado de la derecha—, ha asistido siempre a las reuniones en las que intervenía su marido y siguió muy de cerca el célebre proceso Salan, en el que Tixier logró salvar al jefe de la O. A. S. Instalada en París, en el Boulevard Raspail, abandona cada noche la capital para ir a dormir a sus propiedades de Grigny. Su único hijo, Rémy, se prepara para convertirse en un «gentleman-farmer», previo su paso por la Escuela de Ingenieros Agró-

nomos. En último término, su sitio está en la gran burguesía campesina. Su colección de vacas holandesas da testimonio de ello, aunque, en el campo del refinamiento, no sea menos importante la de los pájaros de plata en forma de azucarero. En los últimos días precedentes a la votación, es decir, a finales de este mes y comienzos del próximo, madame Tixier-Vignancour acompañará a su marido en la caravana que, desde que aquél se decidió a presentar su candidatura a la presidencia, recorre Francia para hacer campaña a su favor.

Dentro de diez días el mundo entero conocerá el resultado de las elecciones. Pocos dudan de que De Gaulle vuelva a salir victorioso. Los sueños de poder por afinidad de estas mujeres se habrán quedado, casi con toda seguridad, en esto. Y «tante Yvonne» seguirá presidiendo las cenas de gala y atendiendo, con su habitual discreción y timidez, a los invitados de su marido, de quien no puede decirse que se destaque precisamente por estas cualidades. El Eliseo seguirá con su aire majestuoso, fuera del tiempo. El protocolo seguirá con su rigidez. Todo ello responde perfectamente, en el fondo, y a pesar del buscado aspecto insignificante de la primera dama, al concepto que de la «grandeur» tiene su marido.

(Reportaje gráfico de AGENCIA DALMAS)

N. de la R.—Ya en prensa este número, se hace público que Paul Antier ha retirado su candidatura en favor de Jean Lecanuet.

Durante la campaña electoral, madame Lecanuet, sin abandonar sus funciones de ama de casa, se ha convertido en la secretaria provisional de su marido.



La esposa del candidato de la derecha, madame Tixier-Vignancour, es la más política de todas las esposas de los candidatos, con intervención activa.